

capital, del trapiche y de su poquito de ganado vacuno y porcino que holgaba allá en el potrero, eran más que suficientes para las necesidades de su casa, en donde no había más bocas que la de la vieja cocinera, las de sus dos hijos, Onofre el chiquillo mandadero, y la del señor cura, que podía valer por tres, según el trabajo que le daba por la mañana al almuerzo, a la comida y a la noche, y eso sin contar algún *tente en pie* tomado por allí, después de la siesta: un pedazo de jamón, que nunca faltaba colgado en la cocina, cerca de la chimenea, con algunas galletas de soda y un vasito de cerveza, a todo lo cual era el señor cura muy aficionado.

—¡Sea en alivio y descanso de las benditas ánimas del purgatorio!...—decía, santiguándose y sonriendo socarronamente, después de cada comilitona.

El Padre Félix Nicuesa, cura de El Piñal, si bien carecía de esa fe ardiente y de ese entusiasmo excelso, capaz de todos los sacrificios y de todas las grandezas que caracterizan a veces a algunos ministros del Señor, poseía buen fondo y mejores deseos de ser un buen sacerdote católico. Su ilustración era mediana, y tenía que luchar muchas veces y hacer ^{un} verdadero esfuerzo para leer el oficio del día en su breviario, mientras que, como una tentación, miraba sobre su escritorio la novela de Zola, de Bourget, de Felipe Trigo o de Blasco Ibáñez, que le invitaban con aquellas páginas, para él verdadera

un

golosina, a saborear la vida agradablemente intensa de algunos personajes, que desfilaban ante su imaginación con aquel realismo maravilloso, con aquella verdad tan hondamente sentida y mejor descripta; porque el Padre Félix era lector asiduo de los escritores realistas, que devoraba en cuanto le llegaban a la mano.

Ciertamente que Bossuet, Massillon, Lacordaire, la Biblia, etc., no le merecían tantas caricias... las necesarias para una cita, o para hilvanar el sermón o la plática dominical, y gracias. De suerte que la vida del Padre Félix resultaba un tanto baldía, desde el punto de vista de su ministerio. Rezaba su misa todas las mañanas a las siete. ¿Para qué madrugar? Así no habría feligreses que se quedaran sin ella por ~~estar durmiendo~~. Los domingos la cantaba con aquella su voz robusta, de barítono, que tan bien resonaba en la pequeña Iglesia, alegre y clara, y luego una plática sobre el Evangelio, o el sermón, si era del caso. Los bautizos a las doce del día; confesar unos pocos penitentes y llevar la extremaunción a algún moribundo de las cercanías, donde se hacía conducir en litera, con toda comodidad. Esos eran los quehaceres del Padre Félix, quehaceres que a veces se reducían a muy poca cosa, o porque nadie se casaba, ni había chiquillos que bautizar, ni administraciones que hacer, y entonces el Padre se paseaba, aburrido, a grandes pasos en su cuarto, en mangas de camisa, ideando cosas,

dormilones

proyectos que, una vez considerados en reposo, le parecían extravagantes y pecaminosos. Era fumador de ese tabaco *chircagre*, cosechado en el país, tabaco que, bien beneficiado y guardado en lugar seco durante algún tiempo, adquiere un aroma exquisito que los buenos fumadores saben apreciar y que distinguen de cualquier otro. ~~tabaco~~.

Entonces fumaba, fumaba sin cesar, tirando el salivazo, cada vez que llegaba, por una puertecilla del fondo que daba a un caedizo, desde donde divisaba el patio, el brocal del pozo, las gallinas, el gallo, un gato tendido con las patas al sol, y un polluelo que le miraba con gran atención y curiosidad, todo bajo un sol de fuego que hacía sudar las piedras.

La calma era sepulcral; a los oídos del cura sólo llegaban los golpes que daba la cocinera, picando la carne para el jigote, o algún grito dado allá lejos en la carretera por algún chico.

El Padre Félix se paseaba entonces hasta caer rendido en su hamaca, y lanzando un resoplido, tiraba la colilla del puro, mordida y casi deshecha entre sus dientes; cerraba los ojos como para dormir, y después de un rato de sentir el dulce vaivén, se levantaba y volvía a tenderse con un libro entre las manos, libro que sacaba de una gaveta de su escritorio, cuidadosamente envuelto, como tentadora golosina que saboreaba después con dulce fruición, entre desperezamientos de felino.

VI

Fácil es comprender cuál sería el estado de ánimo del Padre Félix durante los primeros tiempos de su curato en El Piñal, en medio de esa vida de holganza, con su temperamento sanguíneo y dotado de una voluntad débil y acomodaticia, con un criterio especial muy suyo, que le hacía cometer acciones indignas de un ministro del Altísimo, para arrepentirse después, como esos colegiales que a cada falta en que son sorprendidos hacen los más firmes propósitos de enmienda, para reincidir en seguida cuantas veces son arrastrados a la falta, por su carácter débil e irreflexivo. Para distraer sus ocios, leía novelas, aun las que él sabía que estaban prohibidas por la Iglesia, lo que suele ser el mayor incentivo para despertar la curiosidad de espíritus poco timoratos y la mayor recomendación de un libro, dado el espíritu exclusivista que informa esta determinación del clero católico. Pero, argumentaba: — «Yo sé de muchos sabios sacerdotes que conceden permiso para leer esos libros...» Por qué no he de leer-

los yo?... Además, a nadie escandalizo... aquí en mi cuarto... — Y aquella imaginación exaltada, devoraba cuantos libros caían en sus manos, sin notar que echaba leña al fuego, pues no hacían más que avivar sus pasiones e intemperancias, a las cuales no podía dar pábulo sin grave escándalo para sus feligreses, dado que, como dice P. J. Proudhon, en razón de su carácter y de su autoridad que le está confiada, el crimen del sacerdote es un compuesto de incesto, de violación y de adulterio.

No, no haría esto ni aquello: él tenía que ser ejemplo vivo; él era allí representante de Dios, y cualquiera falta, cualquiera trasgresión de la ley, cometida por él, era visible con vidrio de aumento. El ministro del Señor debe estar armado, debe luchar siempre contra el vicio, contra la concupiscencia: su ministerio es altísimo. Él no debe pecar para poder amonestar. Él no debe beber en el pantano, sino abreviar en la fuente de agua viva...

Así discurría a veces, cuando solía reflexionar tranquilamente sobre sus faltas, cuando de noche, solo, en su cuarto de célibe, adornado de estampas místicas, y oloroso por el incienso de la Iglesia, que transportaba adherido en sus ropas, hacía el examen de su conciencia; se dormía tranquilo, y después, allá en el templo, cuando decía la misa, pedía a Dios la fuerza necesaria para ser siempre bueno, para luchar con la

tentaciones; pero en el fondo de su conciencia, muy tímidamente, apenas se atrevía él a confesarlo, se agitaba un sentimiento de duda y desconfianza de obtener aquello mismo que pedía... ¿Le concedería Dios aquella gracia? Sin embargo, después de esas caídas de su espíritu, de ese enfriamiento de su alma, violentando rudamente su *yo* psicológico, reaccionaba valerosamente y parecía volver sobre sus pasos. Tenía largas temporadas de felicidad y de paz, en las cuales se consagraba de lleno a las funciones de su alto ministerio. Leía vidas de santos para confortar su alma tan combatida, encerrábase en su casa, no hacía visitas como solía, y evitaba ciertas comidas y bebidas que tanto excitaban su temperamento erótico.

Pero, como este modo de ser era en él desusado, simplemente la resultante de una altísima reacción de su voluntad, pero reacción convencional, que no podía prolongarse por mucho tiempo, y semejante en mucho a la aparente quietud del toro fuertemente atado al poste por el testuz, aquel temperamento rebelde se cansaba de su éxtasis y de su misticismo forzado, y se encabritaba; de nuevo volvía para tomar un respiro a la superficie de aquel mar cuyo oleaje le azotaba en tumbos vertiginosos y le salpicaba el rostro con el amargor de sus espumas.

—Bah! — decía — Dios es misericordioso, y sus designios son inescrutables... La contricción regenera el alma. Todo se perdona.

* * *

A los dos años de curato tuvo su gran caída; una pasión que trastornó sus sentidos, y en la cual naufragaron los pocos escrúpulos que le quedaran como tabla de salvación, como único recurso en la tempestad de su vida. Se enamoró locamente de una muchacha del pueblo, joven y bella, enviada a su propia casa como una tentación del demonio.

Al decir del padre de Eulalia, que así se llamaba la muchacha, ésta parecía que estaba enamorada de un mozalbete del lugar, que actuaba en calidad de secretario de la muy ilustre Corporación Municipal, y hasta se decía que había sido sorprendido, una noche, dentro del solar de la casa de ñor Tadeo, donde había penetrado en busca de una cita concertada con la bella Eulalia, ~~quien le aguardaba sentada en el brocal del pozo, recatándose cabeza y busto con un mantoncillo negro.~~ El viejo, que estaba ya en el ajo de esos líos, hizo una salida valerosa, y en poco estuvo que le rompiera las costillas al amartelado galán que había osado saltar las cercas con fines nada honestos y tan contrarios a lo que manda la doctrina.

Ñor Tadeo, que era católico apostólico, ro-

mano, por los cuatro costados, por arriba y por abajo, y que sentía por los señores curas un respeto rayano en idolatría, concibió la luminosa idea de llevarla donde el Padre Félix, para que ésta la exhortara de palabra y con su ejemplo, a fin de que la muchacha no volviese a ver a su dolorido don Juan, que se arrancaba los pelos de ira y se moría de celos y de añoranza.

~~— Viejo estúpido! — gritaba —. Llevársela a ese sátiro escandaloso!~~

~~— Pero, hombre — replicaba el maestro de escuela, muchacho listo y de mucha trastienda, con ribetes de socialista y libre pensador por añadidura —, sólo eso le faltaba al señor cura para completar el chascarrillo aquel...~~

~~— Cuál?...~~

~~— Pues aquel... Es cuestión de simetría nada más, y lo ha hecho brillantemente: oye... ¿Cuál es la mejor casa del pueblo?...~~

~~— La del cura.~~

~~— Y la vaca más gorda y más lechera?...~~

~~— También la del cura...~~

~~— Y el mejor potro?..~~

~~— Y la muchacha más hermosa?...~~

~~El amante burlado vociferaba.~~

~~El maestro se moría de risa al contemplar los aspavientos de su interlocutor, que juraba y rejuraba hacer una barbaridad si no podía ponerse al habla con la cautiva, la cual, estaba~~

~~seguro, segurísimo, «se pasaba los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio» pensando en él y llorando aquella ausencia matadora y cruel como una fiebre.~~

El Padre Félix había accedido de buen grado a recibir aquella muchacha en su casa, y prometió al viejo que allí no sería perturbada en nada ni por nadie, y que le daría buenos libros que la confortaran para apartarla del camino de la perdición. Y tan buena maña se dió el bueno del Padre Félix, que la muchacha estaba como emparedada, sin ver a nadie ni hablar más que con la vieja criada y con Onofre, el chico mandadero.

Por su parte, la cocinera estaba muy contenta y satisfecha de tener una buena ayudanta^e en su casa, pues Eulalia era diligente y servidora: barría la casa, lavaba, planchaba y servía al señor cura, en su cuarto, el café todas las mañanas. Parecía muy contenta de su nuevo domicilio, porque el señor cura la trataba bien, con tanto mimo..., y luego, era galán, amigo de bromas y de regalitos...

Estaba tan a gusto en su casa... Nadie la molestaba allí, absolutamente nadie, como le decía a su *tatica* cuando éste llegaba por allí a visitarla, para lo cual pedía su venia al señor cura.

Ahora estaba más contenta. El Padre Félix había dispuesto que no se hiciese trabajar tanto

a la pobre muchacha. Qué bueno era el Padre Félix!...

Vino el consiguiente idilio; aquella mujer había amado al Padre Félix... ~~oh, sí, qué glorial.~~ le había amado hondamente, con ese dulce abandono, mitad inocencia de mujer inculta y de temperamento pasional; le había amado a pesar de su carácter sacerdotal, saltando sobre toda esa conveniencia social, sobre los dogmas de la Iglesia que excluye a los clérigos de la dulce comunión del amor, empeñada en hacer de ellos, séres sin sexo, eunucos mutilados por la cuchilla de un credo ~~abstruso~~.

absurdo.
12 Y fue tan feliz con el amor de aquella mujer que se le entregó toda entera, sin temores, sin escrúpulos ni gazmoñerías, que a veces se preguntaba cómo sería posible la vida fuera de ese centro de amor y armonías, emulación divina de todo lo que hay de más noble y más grande en la tierra, del amor. Por fin poseía lo que tanto había deseado su alma: una mujer que le amase a él, que fuese suya, sobre la cual reinara doblemente, con superioridad psicológica y con la fisiológica de macho recio y vigoroso. ~~que satisfacía ampliamente las ansias de aquella pecadora hermosísima, cuyo cuerpo parecía hecho expresamente para reinar en el ardiente lecho de la lujuria.~~

Cuando el Padre Félix pensaba en su pasión, decía, suspirando hondamente:

—He llenado el inmenso vacío de mi alma...
¡Perdón, Dios mío!...—Y luego murmuraba pensativo...—La contrición todo lo perdona...
¡Acaso soy el único?...¡Cuántos santos, cuántos padres de la Iglesia no tomaron sus mujeres?...

Hubo cuatro hijos: dos varones y dos hembras. El último parto fué sumamente difícil y la puérpera murió pocos días después.

El Padre Félix creyó enfermar de dolor, tanto había amado a aquella mujer; había sido su pasión, como son generalmente estas pasiones condenadas por las conveniencias sociales y dogmáticas, avasalladora e intensa, con esa doble intensidad del espasmo carnal y del íntimo, del inefable placer de la rebeldía que triunfa contra todo, sobre todo.

No obstante, la tranquilidad y la resignación reportaron su espíritu abatido, y siguió viviendo con sus hijos allí, en la misma casa cural.

El mayor de ellos, Pablo, por uno de esos caprichos de la naturaleza, que se complace en dotar de talentos y capacidades notables a individuos nacidos en ambientes y en condiciones tan humildes, resultó un chico de grandes disposiciones para el estudio, y muy pronto dió muestras de un entendimiento y de un criterio poco comunes. 10

Ganó todos los grados en la escuela primaria, y luego el Padre Félix dispuso enviarlo a

San José, para que estudiara en el Liceo, pues deseaba mandarlo después a algún lugar de Europa a estudiar medicina, ciencia por la cual el muchacho mostró siempre gran predilección.

Hombre de recursos, al padre no le fué difícil conseguir en San José una casa honorable donde dejar a su hijo en calidad de pupilo, y Pablo ingresó en el primer año del Liceo.

En el momento en que encontramos al Padre Félix, cura de El Piñal, Pablo cuenta 19 años, y está al terminar su bachillerato.

El Padre Félix vivía, a la sazón, con su hija Eulalia, menor que Pablo, un año solamente, y con David, el penúltimo, de ocho años; la otra niña, la última, había muerto nueve meses atrás, víctima de una epidemia de escarlatina que había azotado aquella pobre y apartada villa.

VII

*pensar**en su calidad de*

El Padre Félix amaba a su hija Eulalia profundamente, con ese amor contrariado que le hacía ~~pronunciar~~ siempre «hija de cura»; con ese vivo sentimiento de despecho hacia la sociedad, hacia el mundo, que suele mirar con malos ojos a los hijos de los sacerdotes católicos, asimilándolos, con cierto mudo y recóndito reproche, a los hijos adulterinos. El eterno prejuicio de la sociedad, donde, no obstante, gozan de consideraciones tantos seres que no son efectivamente los *hijos de sus padres*. Y la amaba más, cuando la muchacha, en los umbrales de su precoz pubertad, desarrollada ya con una riqueza de carnes, de curvas y de colores, mostrábase en toda la esplendidez de su belleza vibrante.

El Padre Félix notaba, con cierta íntima fruición de orgullo, de sensualidad tal vez, el vivo parecido de Eulalia con su madre. Era, efectivamente, sorprendente. Otra Eulalia más joven; tal vez más hermosa, con esa hermosura de la juventud, viva y esplendente, como una floración de gracias irresistibles. Hasta su mismo andar, el andar peculiar de las mujeres

de muslos gruesos; aquellos ojos tan cerrados en los ángulos exteriores, que miraban siempre con provocativa fijeza, tenían reflejos metálicos, medio verdes, en cuyos iris brillaban puntitos luminosos, casi los ojos de felino; ~~cazorro y juguetón~~, nariz carnosa y corta, para enseñar, en todos sus lineamientos, una boca pequeña y roja como una fresa, cuando estaba inmóvil y como en espera de un beso. Sin embargo, aquella boca se alargaba tanto cuando reía, que mostraba los rojos carúnculos y los molares blanquísimos y lucientes, engastados en una encía roja, tan roja, que parecía sangrar. ¡Bellísimo estuche para tales perlas y para tales corales!...

La muchacha, pues, creció mimada. El Padre Félix habíala rodeado de todas las comodidades de que allí podía disponerse.

Su cuartito era coquetón, casi lujoso en aquella villa triste y prosaica. En primer término, un catre de hierro, esmaltado de blanco y con perillas doradas y lucientes; al lado una mesita sobre la cual ardía, toda la noche, una mariposa. Un lavabo, un tocador y un ropero de luna, que reflejaba la limpieza del cuarto, ~~todo~~ *hecho de* de cedro, de ese cedro rojo y perfumado de nuestros bosques, y preciosamente charolado por el maestro carpintero que hizo aquel ajuar por encargo especial del señor cura, y en cuyo trabajo lució sus habilidades de fino y concienzudo ebanista.

Una alfombra a los pies del catre, y dos ramos de flores en el tocador, flores blancas, azucenas, jazmines y lirios, entre cuya albura lucían los manchones rojos, de un rojo insolente, algunos geranios.

Cerca del catre, algunas postales sujetas con alfileres sobre el papel celeste que vestía la estancia, postales en que se veían: nuestro suntuoso teatro nacional, que ella no conocía; la catedral de San José, el parque central con sus higuerones centenarios... ¡ay! ¡aquellos higuerones caídos al golpe del hacha demoledora, que los juzgó demasiado viejos para dejarlos vivir aquella dulce vida que tantos recuerdos grabó en la generación que pasa, y que a su vez caerá también de vieja, segada por la guadaña implacable. Otra de las postales representaba una boda: los recién casados en abrazo estrecho; él, de frac y enguantado todavía—tal era la prisa—; ella, con el niveo velo a la espalda y los azahares sobre la frente. Se besaban felices, con beso largo, hondo, que no acababa nunca...

Eulalia miraba con frecuencia esta postal, hecha en colores, y brillante como un metal pulimentado, la miraba de preferencia a las otras. Luego la tomaba para leer en el reverso tres líneas y una firma: «Alonso».

Sonreía, suspirando, y volvía a dejar la tarjeta en su lugar.

Arriba, en dos testers de la habitación, ha

1119

|-

bía dos cuadros; asuntos bíblicos de los cuales el cura era muy amante: Lot huyendo con su familia del incendio de Sodoma y Gomorra, en el momento en que la gran curiosa queda convertida en estatua de sal; pasaje ese que ejercía en el ánimo del cura un sentimiento que él mismo no acertaba a explicarse.

El otro cuadro, representaba a Dalila cortando los cabellos a Sansón para entregarlo a sus enemigos, que llegan ceñudos, hoscos de venganza y de ferocidad.

¡ Dos mujeres bíblicas! ¡ La gran curiosa y la gran traidora. ¡ Serán esos los dos polos en que gravita el alma de la mujer? . . .

El Padre Félix había escogido esos dos cuadros, en uno de sus viajes a San José, y mandádoslos colocar en sendos marcos, para el cuarto de Eulalia.

El cura había atendido también muy solícitamente a la educación de su hija. El maestro de Capilla le enseñó a tocar el piano, y justo es confesar que el constante estudio y la aplicación de Eulalia habían hecho de ella una regular pianista; tenía, además, una bella voz de soprano, que cultivaba constantemente. Por las mañanas, los campesinos que iban a sus labores con la pala al hombro, y que acertaban a pasar frente a la casa cural, parábanse un momento, para oír aquella voz llena y armo-

niosa que cantaban bellas romanzas que ellos no habían oído nunca.

—Es la niña del cura la que canta—decían.

Hacia algún tiempo que la muchacha había empezado a estudiar la guitarra, y ya simulaba algunos acompañamientos de aires andaluces, a cuyos compases ocúrrese ver, en desfile abirragado, toreros y chulas con mantón, haciendo contorsiones llenas de garbo y de gracia...

¡Cuánto le gustaban al señor cura aquellas músicas!...

Alma plebeya, medio artista, ingenua y soñadora, con su poco de candor y un algo de innata imprudencia y despreocupación, curiosa, con esa curiosidad maligna que acusa cierto grado de infantil perversión, así era la de Eulalia.

Ahora se había propuesto hacer grandes adelantos en la guitarra para sorprender a Alonso, su novio y conterráneo, quien estudiaba a la sazón en San José, junto con Pablo, de quien era amigo íntimo.

Faltaba poco tiempo para que los dos muchachos terminaran sus estudios en el Liceo y regresaran a El Piñal; Pablo, para preparar su viaje a Europa, y Alonso para ingresar después a la Escuela de Derecho, a fin de proseguir sus estudios y alcanzar la licenciatura, que, según él, debía de sacarlo de la oscuridad en que había nacido y crecido, y llevarlo a altos puestos, a una diputación, a una judicatura...

Y, ¡qué sabía! a una magistratura tal vez... d
Cuántas desgraciadas medianías, cuántos fracasados incapaces de ganarse el pan cotidiano, en la brega de la vida, había visto escalar esos puestos a fuerza de intrigas!...

Entonces se casaría con Eulalia, a quien amaba hacía algunos años, con ese amor confiado del adolescente, que adquirió después la intensidad y la consistencia de una pasión. Alonso era un muchacho de talento, uno de esos talentos que, bien cimentados y dirigidos, pueden llegar muy alto. Bien sabía él que su origen no era obstáculo, en Costa Rica, para surgir, aquí donde tantos hombres nacidos en cuna humilde, han conquistado los más altos honores, por sus grandes virtudes cívicas, puestas a prueba en una vida consagrada al estudio, al trabajo y al honor, imponiendo, por la fuerza de sus méritos, la única aristocracia que prima en las democracias modernas: la aristocracia del talento.

Alonso, pues, tenía esa noble emulación, y estaba resuelto a llegar arriba. Su padre, un excelente sujeto, tenía en el Mercado Municipal de San José, donde se había trasladado hacía algunos años, un negocio de granos que le producía buenos rendimientos, y allá vivía atendiendo a la educación de su hijo, con esa gran sindéresis que hallamos con frecuencia en ciertas personalidades del pueblo bajo.

Por lo demás, a Alonso nada le importaba que la muchacha llevara el Sambenito *de hija de cura*; acaso ¿tenía ella la culpa?... ¿Quién consulta al sér humano su opinión para nacer a la vida, ni a quién le es dado elegir padres?... Se nace por que sí, por una ley fisiológica, así como nacen cizañas en los jardines mejor cultivados y violetas en los estercoleros.

Una mañana, Eulalia entregó a su padre, quien llegaba de la Iglesia, una carta que habían llevado de la oficina de correos.

—Ah—dijo el cura, después de ver la firma— es del Padre Juan, de San Roque, veamos. Quitóse el sombrero para leer la carta de aquel *santo varón*, como lo llamaba con el respeto profundo que el Padre Juan le inspiró siempre por su vida evangélica.

El Padre Juan le decía que, acercándose el día de la fiesta del Santo Patrono, contaba con él y con el Padre Martín, cura de San Andrés, para la misa de revestidos, que tendría lugar aquel día; que ya se había dirigido al Padre Martín en el mismo sentido, y también para que se hiciese cargo del sermón. Una fiestecita modesta, nada aparatosa. Poca pólvora, pues el Padre Juan había desterrado de su feligresía esas demostraciones de vanidad ridícula. A lo sumo, unas tres descargas de mortero, a la hora de alzar la hostia santa, para que todos los

habitantes del valle elevaran su alma a Dios en esa hora suprema del sacrificio.

El Padre Félix contestó en seguida por telégrafo, que no faltaría, y congratulándose de que el Padre Martín, orador sagrado tan fogoso, fuera el encargado del sermón.

Después, el Padre Félix requirió las alforjas y demás adminículos de viaje; no habían de faltarle sus buenos cigarros confeccionados especialmente por una buena vecina, ni su frasco de agua ^{de} colonia, amén de una buena cantidad de pañuelos que ostentaban su cifra en una punta, hecha en caracteres rojos del gótico más puro.

Hasta desenfundó su revólver (porque solía llevar esa arma en sus viajes), para ver si estaba bien acondicionado, y dió orden al sacristán para que bañase el caballo diariamente, un brioso alazán que montaba con la soltura y talante de un picador. 10

Luego se tendió en la hamaca, en mangas de camisa, a fumar un cigarro, entretanto llegaba a sus oídos el chirrido de un pollo que la cocinera freía en la sartén y que pasaría muy pronto, acompañado de muchas otras viandas convenientemente ~~ros~~eadas con buen tinto, a su reverendísima barriga. 11

¡ Sea en alivio y descanso de las benditas ánimas del purgatorio!

VIII

En la pequeña villa de San Roque, notábase inusitada animación. La mayor parte de los vecinos enjalbegaba el frente de sus casas y quitaba los yerbajos que crecían en las hendiduras de las aceras y de las calles. e /

En las tienduchas de la villa veíanse compradores que examinaban en las puertas telas y ropas confeccionadas, discutiendo precios y calidades.

La fiesta del patrono se acercaba, y nadie dejaría de estrenar siquiera un humilde moquero.

Allá, en la casa cural, el Padre Juan trabajaba encorvado cerca de la mesa, mientras que el maestro zapatero, de cabeza hispida y fisonomía francota, respunteaba en la máquina una capellada.

Habían tenido mucho trabajo. Todos querían estrenar sus zapatos, y quien no podía hacerlo se conformaba con una remonta para no andar ese día, de general regocijo, con los tacones torcidos y las suelas gastadas.

El Padre Juan sudaba la gota gorda y con

las gafas caladas y los ojos llorosos, a causa del humo del puro, que allí se le metía, examinaba compungido un zapato viejo que tenía una horrible herida en el lugar del juanete derecho. Se levantó y fue a consultar al maestro.

le — ¡Qué le parece esto?... No es posible poner aquí un remiendo: el cuero está tan podrido que no resiste la costura. Sería una falta de caridad hacer pagar a este hombre un remiendo que no le serviría cuatro días. Es preferible poner capellada nueva.

— Pero — argumentó el zapatero — no quiere pagar el trabajo...

— Aunque no lo pague, hombre, yo lo haré... Debí habérselo dicho. Este pobre hombre tiene mucha familia, y así y todo, trajo dos gallinas para la fiesta.

El otro se encogió de hombros y no contestó.

Bien conocía al Padre Juan para ponerse a discutir con él sobre cuestiones de dinero.

Rafael María entró en el taller, en camisa, con las mangas recogidas hasta el codo, y dirigiéndose al Padre Juan, le dijo:

— Dice Tanasia que si le hace el favor de ir allá un momento, para preguntarle una cosa.

El Padre Juan sonrió, y, dejando el zapato en el suelo, salió seguido de Rafael María.

En la cocina, Tanasia daba vueltas y revueltas, destapando frascos y registrando envoltorios por los rincones.

—Vea, señor—dijo al Padre Juan, como quien se resuelve abordar un intrincado problema—, hay que ir dando traza de preparar algo... No hay manteca ni vinagre, hay que traer cebollas, canela, ajos, unas aceitunas y pasas, si es que se hace el almuerzo como pensaba...

—No te apures, hija, todo se traerá, hay tiempo.

—Bueno, por fin ¿se mata el lechoncito?...

—Sí, y los pollos que te dije. No olvides la sopa de mondongo, que sabes hacer tan buena, y los tamalitos aquellos...

—Bueno, *pos* yo qué—replicó Tanasia, alzando los hombros—suponía que el Padre Juan no estaba tan bollante para representar dignamente el papel de anfitrión.

No obstante, los preparativos se hicieron durante los dos días siguientes. El Padre Félix y el Padre Martín, debían llegar esa tarde. Además, estaban invitados a almorzar el jefe político, el alcalde, el presidente municipal, el maestro de *capilla*, el de escuela y uno que otro personaje de la élite del pueblo.

Hacia la tarde Rafael María fue enviado por Tanasia al platanal para traer unas hojas que eran indispensables para envolver unos tamales confeccionados para el almuerzo del siguiente día. 1e

El chico tomó de la cocina un largo cuchillo a propósito para la operación, y al salir por la

tranquera situada al sur de la casa, viólo Engracia y le preguntó que a dónde iba.

—A traer unas hojas para los tamales— contestó Rafael María. —⁶Quieres venir?...

—Bueno, espérame—y rápida regresó en busca de un sombrerillo de palma, que ella usaba en tales ocasiones.

Salió luego así ataviada, y tomaron el camino del platanal, situado en las afueras de la población, en una solitaria callejuela.

Conversaban amablemente bajo aquel sol que alargaba sus sombras por delante de ellos; la de él, como un palo, con unas piernas horriblemente largas; la de ella también larga, bajo aquella especie de campana que dibujaba el sol sobre el césped, con proporciones colosales. Se rieron de aquellas figuras grotescas y Rafael María ensayó algunas cabriolas alzando las piernas y los brazos como un espantapájaros azotado por el viento.

Se morían de risa, caminando por el sendero cubierto de yerbajos.

La tarde era tibia, y el cielo se mostraba sereno, con ese colorido de los días calurosos. Allá, en la bóveda azul, se veían altos, muy altos, algunos puntos negros que bajaban y otros que subían, hasta perderse de vista en la inmensidad

Engracia contempló los zopilotes⁽¹⁾ que se cernían en el espacio y lanzó un suspiro. Entretanto, Rafael María asestaba golpes y mandobles,

(1) Buitre americano.
batharista atrata.

con su machete, en los matorrales que encontraba al paso.

Iba feliz, contento al lado de aquella amiga de su corazón. Su alma, intensamente delicada, sensible, estaba sedienta de cariño; solo en el mundo, y con aquel prematuro escepticismo de las cosas de la vida, sentía el fulgor celestial de aquella noble amistad de la chiquilla que tanto le quería, y a ese cariño, a esa amistad, habíase aferrado, como la pobre florecilla que nace [en un arenal y encuentra bajo sus raíces algunos granos de tierra fértil donde beber un poquito de savia con que sustentar sus matices.

Pronto divisaron la tranquera del platanal que colindaba con un campo sembrado de caña de azúcar en plena producción.

Rafael María, galante, se adelantó para correr las varas de la tranquera, a fin de que pasase su amiga, y se internaron en el platanal.

Poco rato después salieron con un rollo de hojas anchas, suaves y lucientes, que el muchacho llevaba bajo el brazo.

Al pasar junto al cañal, oyeron un silbido misterioso, y un terrón disparado con certeza, pasó rozando la cabeza de Engracia y se hizo añicos, como una granada, en un hombro de Rafael María.

Este, sorprendido, miró hacia la cerca.

— ¿Quién fué? — preguntó, pálido de ira.

— Yo no sé, salió de allí...

Otro terrón silbó en el aire y fue a estrellarse en el suelo, a poca distancia de los chicos. 1/2

Entonces Rafael María, lleno de furor, dirigiéndose al punto de donde salían los proyectiles, gritó:

— ¡No tiren, salvajes, casi matan a Engracia!...

Por sobre la cerca silbaron tres grandes terrones, que se hicieron polvo al chocar en el suelo, al propio tiempo que una rechifla atronaba en los aires.

Rafael María no pudo contenerse, y, lívido de rabia, a pesar de su natural tranquilo, quiso avanzar hacia la tranquera del cañal, blandiendo el machete, pero se contuvo al ver que Engracia quedaba sola, expuesta a los proyectiles del oculto enemigo. Volvióse un momento y le dijo:

— Andate para la esquina, espérame allí.

¡ Quiero ver quienes son estos sinvergüenzas!...

— Vámonos, mejor — replicó la chica, tratando de evitar a su amigo un mal paso —. No hagas caso... son unos malcriados que están robando caña —. Iban a proseguir el camino cuando una vocecilla infantil, aguda como un clarín, gritó allá adentro:

— ¡Hi, hi!... el *sacrismocho* de Rafael, metiendo en los cercos a la chiquilla de *onde* el Padre!

— No hagas caso, venite — suplicaba Engracia.

— ¡Insolentes, malcriados! — rugía, lleno de ira, el chico.

la — Hi, hi! — volvió a chillar la voz — Quien
ib ve tan formal... ¡con ojos de santo!

— Engracia, le voy a contar al Padre lo que andabas haciendo en el platanal con Rafael María! — gritó otra voz.

Un coro de risas burlescas y de silbidos siguió a esta amenaza.

— No hagas caso, no hagas caso — suplicaba la chiquilla acongojada, roja como una amapola.

— ¡Indecentes! — gritaba siempre el pobre chico, pálido como la cera.

Otra vez la vocecilla atiplada, gritó una indecencia, que puso a Rafael María rojo de vergüenza, de indignación, e hizo llorar a Engracia.

— ¡Bandidos! — gritó en el colmo del enojo.

6 Por qué no salen a la calle?

— Bandidos son los que mueren en San Lucas, como tu tata — contestó la misma voz.

Al oír esto, Rafael María quedó como petrificado. Creía haber oído mal, no podía comprender su alma candorosa y buena, que hubiese criatura alguna capaz de tanta maldad, de tanta infamia. Sintió en el fondo de su alma un desbordamiento de infinita ternura hacia la memoria de su querido padre, tan sangrientamente escarnecida, sepultado allá en el presidio, en aquella tierra ingrata y maldita que recordaba, en horrible obsesión, como un lugar de horrores apocalípticos. Vino a su imaginación, exaltada siempre por su tristeza, por su ingenuo misti-

cismo, el recuerdo de su madre, desaparecida del lugar tan misteriosamente, abandonándolo a él, como se abandona en mitad del arroyo el perrillo llagoso que no tenemos el valor de destruir. En unos cuantos instantes pasaron, por su imaginación calenturienta, los recuerdos de su infancia, de aquella infancia tan cruel, y no pudo menos, se echó a llorar; lloró lágrimas de fuego. Sintió luego una gran vergüenza de su poquedad, de aquella aflicción que le hacía gemir.

¡Qué bajo, qué ruin, qué miserable se encontraba!..

Con fiero ademán alzó el brazo y enjugó las lágrimas, que inundaban su faz, con la manga de la camisa. Apareció de pronto casi tranquilo, mas los ojos reflejaban, con luz siniestra, el tempestuoso relámpagueo de la cólera de su alma; perdió toda noción de humildad, de bondad, y sólo veía, como en la penumbra roja de un sueño espantoso, la diestra de su padre hendiendo de un golpe, con su afilado machete, el cráneo de un hombre...

Avanzó resuelto hacia la ^{guera}trampera del cañal, sin hacer caso de las súplicas de Engracia, que, un poco distante, le gritaba que se volviese, asustada ante aquella reacción del chico, ante aquella resolución de intrépida bravura del que reta, del que ataca, cegado por la ira roja de la locura.

Ya próximo a la tranquera, Rafael María vio 10

sobre las varas, listos a saltar a la calle, a cuatro chicuelos, cuatro desarrapados granujas, cuyos vestidos estaban llenos de remiendos. Parecían capitaneados por el mayor de ellos, un pollancón robusto y coloradote.

Cada cual traía un pedazo de caña, una de cuyas puntas mordían con avidez, arrancando a colmilladas la corteza que masticaban luego, para tragar el jugo, con ruidosa succión. Saltaron los cuatro a la calle. Los chicos menores, temerosos al ver el ademán resuelto de Rafael María, que avanzaba siempre blandiendo su machete, escurrieron el bulto.

Ya cerca, paróse, y encarándose con el mayor que aguardaba, le interrogó:

— Quién fue el que dijo que mi padre era un bandido, y Engracia una...

— ... Yo — contestó el mocetón. Y tomando la caña, que había dejado de morder, por uno de los extremos, como una tranca, se apercibió para la defensa, seguro de que al primer cañazo que asestara al flacucho aquel, le haría emprender la fuga, pues *ojos de santo*, como le llamaban, era bueno para repicar las campanas y ayudar a misa, pero debía ser un gallina.

Rafael María avanzó sobre su contendiente, con el cuchillo levantado; pero el mozo descargó sobre él un cañazo, con fuerza inusitada. Rafael María aguantó sereno, y alzó el cuchillo cubriéndose la cabeza: la caña se partió y por

su espalda saltó la mitad. Con un movimiento rápido, alzó el cuchillo, procurando volverlo de plan, y descargó sobre su adversario un fuerte golpe; el cuchillo rebotó sobre la cabeza del muchacho, que vaciló y cayó de espaldas. Rafael María, ya enardecido, hecho una verdadera fierecilla, cayó sobre él a cintarazos, y fustigó al insolente a todo su sabor. De pronto, fijó la vista en la faz del muchacho, que vió cubierta de sangre... El espanto detuvo su brazo al ver aquel rostro demudado, aquel cuerpo inanimado...

¡Tal vez muerto!

— ¡Dios mío, qué he hecho yo! — gritó en el colmo de la desesperación — ¡Lo he matado, lo he matado! — Y sin pensar en nada, echó a correr, poseído de verdadero pánico. Engracia lo siguió, preguntándole interesada:

— ¿Pero, que fué, qué fué?

— Corramos — contestaba Rafael María —; ¡lo he matado, lo he matado! Ay, Dios mío, como papá... ¡yo también soy asesino!

Engracia procuraba calmar a su amigo, pero en vano. Él seguía repitiendo sus exclamaciones, con la desesperación más grande.

Al llegar a la tranquera de la casa cural, el chico, jadeante, rogó a Engracia:

— Lleva esas hojas a la cocina, yo no voy.

Y sin esperar respuesta, ~~salió del~~ patio, lo cruzó a todo correr, y se metió en el troje atrancando por dentro la puerta, resuelto a no abrir a nadie aunque el mundo se hundiera.

IX

Dejóse caer con profundo abatimiento sobre las mazorcas, y ocultando la cara entre las manos rompió a llorar.

En su ingenuidad de niño, creíase perdido sin remedio. Sentía un remordimiento cruel que le roía las entrañas por el daño causado, y veinte veces se echaba en cara el no haber obedecido los consejos de su amiga, que mil veces le gritara: «Déjalos, no hagas caso», pero él no había querido obedecer.

¿Por qué, Señor, por qué?

Dios nos manda perdonar las injurias, ¿por qué no había perdonado al muchacho sus insultos?

Y volvía su imaginación calenturienta a rehacer aquella escena: veía al muchacho tendido, con el rostro ensangrentado y el cráneo abierto por donde manaba la sangre, tiñendo de rojo, de un rojo horrible que le crispaba los nervios, el cuello de la camisa; y la sangre habría seguido saliendo, saliendo, y con ella la vida. Ya a estas horas — pensaba — el muchacho estará muerto, pálido como la cera, en un charco de

sangre que también teñía de rojo el césped del camino. Sentía impulsos de levantarse, de correr al lugar del crimen, de lavar aquella herida, de buscar algún socorro que salvara de la muerte al chico, y luego prosternarse de rodillas, pedirle perdón, y llorar a sus pies lleno de arrepentimiento, para acallar aquellos gritos de su conciencia, que él se figuraba alaridos del infierno; pero un pavor lo detenía allí. La justicia! Sí, la justicia que a estas horas estaría buscándole para llevarlo a la cárcel como un criminal, a aquella cárcel horrible, sombría, donde estuvo preso su padre, y por frente de la cual no podía pasar sin experimentar un sentimiento de profundo horror. Luego iría a San Lucas, al mismo horroroso presidio donde los huesos de su padre se volvían tierra, y donde, probablemente, él moriría también de pesar y de remordimiento, lejos de su villa natal, lejos del Padre Juan, de Tanasia, y lejos también, oh dolor!, de Engracia, de su amiga de la infancia.

Su imaginación voltejeaba loca, en un cielo oscuro, lóbrego, alumbrado apenas por la luz cárdena del recuerdo de su crimen, que adquiría proporciones colosales. Ya no estaría en la gran fiesta patronal, que era para él un suceso de altísima importancia, esperado con verdadera impaciencia durante un año eterno, que parecía no llegar nunca.

Ya no estaría allí, en la sacristía ayudando

al tuerto a preparar los cirios del altar, ni pondría el vino en las vinajeras, ni estaría avivando las ascuas del incensario repleto de carbón, que agitaba en el corredorcito de la sacristía, vestido ya con una sotana y un roquete nuevos que le habían confeccionado para esta función, y que le daban un aspecto de sacerdote, cabal y completo, cuando se calaba el bonete, un pequeño bonete que era su orgullo y el cual no perdía ocasión de lucir. Ya este año, al día siguiente, sí, porque era la víspera de la fiesta, ya no ayudaría a vestirse a los Padres que esa tarde llegarían, oyendo las bromas un tanto agudas y cargaditas de pimienta, del Padre Félix y del Padre Martín, que entraban a la sacristía apurando las colillas de los puros y de los cigarros, para empezar a vestir aquella rica indumentaria... Y ya, ¡oh desolación!, no saldría al presbiterio a incensar al presbitero y sus revestidos, ni agitaría allí, ante la compacta muchedumbre, el incensario lleno de gomas odoríferas que al quemarse le envolvían en sus azuladas ondas, ni buscaría allá abajo, cerca del púlpito, la carita fresca y sonrosada de Engracia, que le miraba embebida y le enviaba una sonrisa de admiración y una mirada de cariño... Nada de eso haría; nada de eso vería ya. La cárcel, la oscura cárcel le aguardaba. Hasta allí llegarían como un sarcasmo, el eco alegre de las campanas, sus buenas ami-

fid

gas, como una risa metálica que iba regando sus alegrías por aquel valle lleno de sol y de verdura. ¡Y era eso posible?/Desgracia inmensa! Que le dejaran asistir a la fiesta, y que lo ahorcaran al siguiente día, sí, era preferible!

De sus profundas meditaciones vino a sacarlo la voz de Tanasia que en la puerta de la cocina gritaba:

—Rafael María!; ¿dónde diantres se mete este muchacho?/Rafaeel!...

Al propio tiempo se advirtió en la calle el ruido de pisadas de caballerías y voces y saludos.

Rafael María temblaba como un azogado. Adivinó en seguida que los Padres llegaban y que tenía que ir a desensillar las cabalgaduras y llevarlas al potrero. ¿Cómo salir? No, no era posible: pronto llegaría la justicia a prenderlo, y no quería que el Padre Félix y el Padre Martín se enteraran de su delito.

¡Qué vergüenza!

Otra vez sonó allá afuera la voz de Tanasia llamándolo.

Rafael María no contestó. Se quedó con el alma en un hilo cuando oyó pisadas cerca de la troje, y unos golpecitos discretos en la puerta.

Con mucha cautela se acercó y guardó silencio.

—Rafael María! —llamó una voz que tranquilizó al muchacho— ¡abre la puerta!

—¿Para qué?

—Te está llamando el Padre hace rato; ya

llegaron los otros Padres para la función...
Salí.

—No, yo no salgo... Mirá, Engracia, ve si está el tuerto para que lleve los caballos al potrero...

—No, si no está... Salí, nada te pasa... Le cuentas al Padre cómo estuvo la cosa... y nada más.

—No, yo no salgo...; ¿te parece poco lo que me espera? La cárcel, el presidio...

—No, si a los chiquillos no los llevan a la cárcel..., ni a San Lucas.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé...; ¡Abrí pronto!

—No, caray, yo no abro... ¿Pero de veras, vos estás segura de que a los chiquillos de mi edad no los ponen presos?

—No, hombre; ¿cómo los van a poner!

Rafael María empezó a cobrar ánimos, y, sacando fuerzas de flaqueza, abrió la puerta con gran cautela.

Engracia se coló en la troje y al ver el semblante de su amigo se echó a reír de muy buena gana, como si nada hubiera pasado.

—Si eso nada vale—dijo muy tranquila—. No seas tan cobarde.

—¿Cobarde? Mira, ya ves lo que me ha hecho sufrir esta acción que he cometido; pero si aquel muchacho te volviera a decir lo que dijo, le volvería a dar otro planazo en la cabeza. El



gesto y el ademán del chico no dejaban lugar a duda de que cumpliría su palabra, llegado el momento.

—Bah, ¿quién le hace caso a esos insolentes?— contestó Engracia, sin parar mientes en la galantería de su amigo, y agregó, para infundirle confianza—. *Vení, vamos, yo voy con vos.*

Rafael María se atrevió, por fin, a salir, y Engracia, tomándole de la mano, le condujo hacia la sala.

—Es que el Padre Félix preguntaba por *vos* y quiere verte—le dijo.

Se encaminaron a la sala; pero apenas llegaron al umbral de la puerta, Rafael María quedó paralizado de espanto.

En la sala estaban, arrellanados en sendas mecedoras, el Padre Félix, el Padre Juan y el Padre Martín. El Padre Félix reía, con una risa franca y arrebatada; el Padre Martín chupaba un puro rebelde, y sonreía mientras que el Padre Juan mostraba en su semblante una severidad desusada y conversaba con un hombre alto, grueso, de barbas enmarañadas y mirar oblicuo, que hacía girar entre sus manos un viejo sombrero de palma que carecía de forro y de cinta.

Rafael María reconoció en seguida, en este hombre, al padre del muchacho que quedó tendido y ensangrentado allá en la calle del platanal.

El Padre Juan contuvo, con un ademán, a los

chicos, que se quedaron parados, mientras que el Padre Martín, sin hacer caso de tal ademán, dirigió una sonrisa amable animándoles para que entraran, diciendo, con su sonora voz de *pico de oro*:

— «*Sinite parvulos venire ad me*».

Era esta una de las grandes debilidades del Padre Martín: no podía hablar tres frases seguidas sin enjaretar otros tantos latinajos, emitiendo sentencias de los clásicos latinos o palabras del Evangelio, viniesen o no a cuento. Hacía ostentación de una erudición empalagosa, y aún en las pláticas con que regalaba a sus feligreses, gentes sencillas e ignorantes, campeaban las citas y los neologismos, que rebuscaba con paciencia benedictina en los léxicos y libretos que podía haber a la mano, en la creencia de que sus pláticas y sermones quedaban ricamente esmaltados con aquella pedrería que él se figuraba de altísimos quilates; sermones y pláticas que sus feligreses oían como quien oye llover, con la boca abierta y el entendimiento cerrado.

Bien es verdad, que a veces el Padre Martín caía en la cuenta de que echaba *margaritas a puercos*, con sus famosas piezas oratorias, pero encogíase de hombros, muy satisfecho y frotándose las manos murmuraba:— Es preciso educar, es preciso enseñar.

El Padre Juan, volviéndose al hombre que

permanecía parado cerca de la puerta de la calle, le interrogó:

— ¿Con que, es seria la herida?

— Sí, señor — contestó con voz ronca el viejo —, tamaña cortada que coge desde aquí, *Dios me guarde*, hasta cerca de la *nuque* — y con el índice de la mano derecha describió una línea sobre su cabeza, que partiendo del frontal llegó hasta el codo. . . — Y no es eso lo *pior* — agregó —; es que ha *perdido* un sangrerío que da miedo y está que casi no puede andar.

— Vea, señor — continuó con voz doliente —, yo soy muy pobre y no tengo con qué curar a ese muchacho. . .

— Bueno, hermano — interrumpió el Padre Félix —, aquí está Rafael María, que nos contará lo ocurrido, y hay que creerle, porque este chico no miente: para que le haya dado tal golpe a tu muchacho, es preciso que tuviese poderoso motivo. . . A ver, Rafael, ven, acércate hombre, y cuéntanos la cosa.

El chico miró al Padre Juan solicitando su aquiescencia, y éste con un ademán le hizo entrar.

— Pues señor — dijo Rafael María, avanzando hasta el centro de la sala, con la cabeza baja y pálido como un reo ante sus jueces —. Yo no tuve la culpa; ese muchacho le gritó una sinvergüenzada a Engracia que iba conmigo, y además me dijo que mi papá era un bandido

que había muerto en el presidio... Yo me puse colérico y...

— *Ab irato* — interrumpió el Padre Martín, que oía al chico, sonriente —. Tienes razón, muchacho, tienes razón de haber obrado así arrebatadamente...

El Padre Juan miró a su colega, un si es no es severo; con un ademán lleno de suavidad interrumpió al Padre Martín, y volviéndose al chico dijo:

— Hiciste mal, hijo, muy mal en haberte dejado arrebatar por la ira. Esas ofensas se perdonan, y el perdón es la mejor gloria del hombre: mientras más quemante es la injuria, mayor es la gracia del perdón. Ahí tienes, pues, el daño que tu arrebató ha causado. Una herida en la cabeza de ese pobre muchacho, que puede ponerse grave de un momento a otro, pues ya lo oyes, que está en un estado de debilidad tal, que no puede ni andar.

— Señor — rogó el chico — yo no supe lo que hice. Él me descargó un cañazo encima, y entonces yo, sin pensar en herirlo, le dí un planazo en la cabeza... con el cuchillo...

— Justo — interrumpió el Padre Martín que no podía dejar sus alocuciones —. *Vim vi repellere licet...* ¡qué caramba!

— Naturalmente! — agregó por allá el Padre Félix, traduciendo a su colega —. «Es lícito repeler la fuerza con la fuerza».

—A ver, Engracia—llamó el padre Juan, un tanto molesto por no poder ejercer allí mismo el principio de autoridad con una de esas amonestaciones que él sabía hacer tan dulces y tan suaves en la forma, como llenas de energía en la esencia: *Suávisiter in modo, fortiter in re*, como diría el Padre Martín.

—Tú que viste el suceso, pasó así como dice Rafael María?

La chica, que estaba deseando hacía rato meter baza en la cuestión y saltar en defensa y vindicación de su amigo, entró sonriente y con desparpajo encantador, contestó:

—Sí, señor; es la pura verdad — y sin aguardarse más, sin interrumpirse ni una sola vez, contó el suceso con tal vehemencia, con tal lujo de detalles, que dejó al auditorio encantado y predispuesto en su favor. El Padre Félix la miraba sonriente.

Durante la relación de Engracia, Rafael María se atrevió varias veces a levantar la vista hacia los Padres, de quienes estaba agradecidísimo por las frases de aliento y de disculpa que desde el principio había oído en su favor. Estos sí que eran buenos Padres, tan joviales, tan condescendientes. De buena gana los abrazaría para significarles el profundo agradecimiento que hacia ellos sentía. ¡Oh bondadosos corazones!

Cuando Engracia terminó el relato, el Padre Juan quedóse meditabundo mirando hacia abajo,

mientras que el Padre Félix, volviéndose al papá del muchacho herido, que guardaba un prudente silencio, y que no hallando como disculpar a su hijo se rascaba la nuca y las barbas, todo mohino, le dijo:

—Conque ya ve usted, amigo, que este muchacho—señalando a Rafael María—no ha hecho otra cosa que defenderse, y castigar, sí señor, esa es la palabra, castigar la maldad de su hijo. Tome, llévese esto para que atienda a su curación, y póngale un buen parche de caticismo y de doctrina cristiana en la cabeza para que ahora, antes de que se le cierre, le entre bien adentro, que bien lo ha menester el pobrecito.—Y así diciendo puso en las manos del campesino un billete de banco, que pronto se reunió con otros que de sus faltriqueras sacaron el Padre Martín y el Padre Juan. Èste despidió al campesino con frases de consuelo y de disculpa.

—Sea todo por Dios, amigo; crea que siento con toda mi alma esto... Pero ya ves como son los muchachos... sin juicio ni discernimiento... Allá voy a ver a tu pobre hijo...
¡Que Dios te acompañe!

El campesino, todo aturullado, recibió los billetes y salió haciendo cortesías, sin poder pronunciar claramente ~~aquellas~~ palabras que se le quedaban enredadas en el espeso y enmarañado bigote. *Las*

«¿Qué querría decir *tata Padre* con aquello del parche de catecismo y de doctrina cristiana? Debe de ser una parábola como esas del Evangelio.» Intrigado con esto y acariciando los billetes, llegó a su casa satisfecho de su visita a la casa cural.

10 El Padre Juan dio a Rafael María una suave reprimenda, que el chico oyó agradecidísimo, dando gracias a Dios, desde el fondo de su alma, por el desenlace que había tenido aquella que él se figuraba horrible tragedia, y fué contento, radiante de felicidad, a desensillar las cabalgaduras del Padre Félix y del Padre Martín, que estaban allá en el patio. No dejaron de llamar su atención aquellas ricas sillas llenas de chapas, ~~con pistolerías~~, bajo las cuales lucían ~~vistosos gireles~~.

vistosas gu al drapas.

X

La fiesta religiosa del patrono estuvo espléndida, al decir de los vecinos de San Roque.

En el coro resonaron con gran júbilo y satisfacción de los fieles, un violín, un violoncello y un contrabajo, a más del órgano manejado por el maestro de capilla, que era el autor de la misa que ese día se cantaba en San Roque.

Había también un clarinete chillón, cuyas notas *melodiosas* sobrenadaban en aquel mar de armonías, y que, de cuando en cuando, con más frecuencia de la que fuera de desearse, se divorciaba del tema general para subirse haciendo gorgoritos y arabescos musicales a las más altas cimas del sonido, para descender después, rodando en una escala cromática que terminaba en notas graves y sonoras, que más parecían el balido de un becerro, que arpeggios del noble instrumento.

El maestro de capilla, autor de aquella misa endemoniada, un si es o no es *wagneriana*, estaba transfigurado ante los mágicos efectos de su inspiración, y se extasiaba oyendo cómo el violín y el clarinete andaban a la greña, y se

agarraban a mojicones y arañazos, rodando uno sobre el otro, sin que nadie acertara a sospechar de quien sería la victoria, cuando entraban el violoncello y el órgano con una especie de *allegro*, como para poner paz y armonía (esto último resultaba un poco difícil) entre aquellos fogosos combatientes que, ya cansados de tanto ritmo y esfuerzo, parecían ahora adormecerse sobre las ondas de un lago, y acariciarse con mimos y requiebros de amantes que hacen las paces después de arrancarse los pelos y de aplastarse las narices. Y todo esto, en medio de los alaridos que daba la sobrina del maestro de capilla, que cantaba de contralto (lo mismo que podía haberlo hecho de contrabajo), acompañada de un barítono que a última hora había resultado por ahí, y que soltaba cada gallo que parecía un avestruz, muy dignos por cierto de los ídem que dejaba oír el maestro de capilla (bajo absolutísimo), de cuando en vez, pero con muy justa razón, que era asmático y padecía de los bronquios hacía muchos años. El coro, pues, del pequeño templo, era un Sinaí glorioso, en medio de cuyos relámpagos destacábase la noble figura del maestro de capilla, que lloraba, ~~hora~~ ~~ba~~ de puro enternecido: él lo había dicho al Padre Juan, en vísperas de la fiesta:—Lo que es esa música, no puede oírse sin que las lágrimas acudan a los ojos... Ya verá el *Sanctus*, y sobre todo, el *allegro* aquel *agnus dei quitolis*, etc.

Y el maestro tarareaba, llevando el compás con el índice de la mano derecha.

Pero ese día sí que de veras el maestro estaba enternecido en ciertos acordes violentos y llenos de efectos espeluznantes: sentía estirársele los nervios como cuerdas de piano, erizársele el cabello como alambre de acero, y por último llenársele los ojos de lágrimas, ~~si, de lágrimas~~, de verdadero artista que se conmueve ante sus propias obras, lágrimas que se desbordaban por las flacas mejillas de aquel Verdi y se escurrían, bigotes adentro, humedeciendo aquellas raíces blancas que hacían contraste con el resto de color negro teñido, verdoso, de ala mosca, que, a juzgar por lo tristes y marchitos que estaban, no eran menos accesibles que su dueño a los efectos de aquellas armonías.

Los campesinos, tanto los hombres como las mujeres, volvían atrás la cabeza para mirar al coro y darse cuenta si aquello era el séptimo cielo que se había abierto por un prodigio divino, o si era el triste y desmantelado coro de la Iglesiasita de San Roque.

El preste y los revestidos seguían, con gran majestad, la liturgia de la misa, y Rafael María, acompañado del tuerto, hacía de acólito. Aquél, vestido de sotana y roquete, movía sin cesar el incensario, que despedía ondas perfumadas, y parecía estar en un verdadero trono, según eran el talante y la majestad de sus movimientos.

Y como todo pasa en la vida, pasó la misa, y pasó el famoso sermón del Padre Martín, obra magistral, según él, en que el verbo de aquel orador tronó y relampagueó por espacio de una hora con el eco de aquella voz llena y robusta que hacía vibrar los cristales de las ventanas, y poner en fuga las golondrinas que allí tuvieron la osadía de penetrar, chillando por entre las guirnaldas de uruca y los cortinajes que adornaban el templo.

Media hora después, la casa cural se llenaba de invitados para el almuerzo, y el Padre Juan se multiplicaba para atender a todo el mundo, con su dulzura y amabilidad de siempre.

En la sala principal veíase la gran mesa, cubierta de blanco mantel, sobre la cual estaban distribuídos los platos, vasos, cubiertos y servilletas, y en el centro, apiñadas las blancas *tortillas* y diversidad de panes. Algunas botellas de vino tinto alzaban su cuello entre la vajilla de loza blanca, humilde, y un tanto resquebrajada por el uso, pero muy limpia.

De trecho en trecho, surgían grandes fuentes de ensalada, adornadas con rodajas de tomates y de huevos duros, y en una esquina, sobre una poyata, había diversidad de vasos y de jarros de loza llenos de leche (único vino que gastaba el Padre Juan), cubiertos con pedazos de hojas de plátano, frescas y verdes. No faltaban además algunos floreros con flores de platanillo,

geranios de varios colores y jazmines, procedentes del pequeño jardinillo de la Iglesia, del cual cuidaban Engracia y Rafael María con gran esmero.

A la mesa se habían arrimado sillas y taburetes de cuero, de diferentes formas y tamaños, y algunos bancos, unos con respaldo y otros sin él, a fin de que no faltasen asientos para la concurrencia.

El Padre Martín, después de hacerse rogar un rato, ocupó la cabecera, y el Padre Juan y el Padre Félix se sentaron a su diestra y siniestra, respectivamente, después de haber tomado una buena copa de ron, que les sirvió Rafael María en una bandeja, lo mismo que a los demás concurrentes, que la bebieron de muy buena gana, pues era ya tarde y el estómago ya empezaba a resentirse del largo descanso en que había estado desde la mañanita, y las doce andaban cerca. ~~...~~

— Señores, a sentarse, sin rodeos — exclamó el Padre Martín, que estaba de muy buen humor, cosa que le pasaba con frecuencia después de predicar.

Poco a poco fueron sentándose los invitados, con aire de majestad, refocilándose de antemano al ver los manjares, que ya empezaban a llegar a la mesa y que olían ricamente, según lo bien aderezados que estaban.

Al lado del Padre Juan se sentó el señor jefe

político, tieso y grave, como si se tratara de una reunión municipal de altísima transcendencia; estaba un tanto orgulloso ese día, porque lucía las más preciadas prendas de su escasa indumentaria, conviene a saber: un saco de dudoso corte, que había sido claro, pero que, debido a las habilidades de un remendador ^{dm} y teñidor, ahora era más negro que ala de cuervo, aunque en el contorno de los ojales se advertían las puntadas, como pestañas, de un color pardo indomable, que denunciaban aquel color negro, bastardo, si antes no lo denunciara el endiablado tufillo que despedía, mezclado con una sobaquina insoportable. Un pantalón más ancho que largo, de cortísima ~~jarra~~ ^{bragueta} a listas de diferentes colores, y dentro del cual bailaban las canillas del alto funcionario como dos floretes enfundados en vainas de anchos sables. Camisa blanca, engomada, y una corbata de un negro tan sospechoso como el del saco, que presentaba en algunos puntos lunarcitos y lágrimas, no de seda, sino de yema de huevo fritos de pasados almuerzos y pisolabis.

Allí estaban también el señor alcalde, algo mejor trajeado que el jefe político. El presidente y dos o tres miembros del ilustre Ayuntamiento; el médico del pueblo, que, aburrido de matar pulgas en la capital, se largó a San Roque a medio matar sanos y a rematar enfermos, lo que le ponía en actitud de cobrar su sueldo, no

despreciable, para vivir en aquel lugarejo tranquilo y apartado, donde hacía derroche de su don de gentes, para vivir en armonía con unos cuantos pazguatos con quienes tenía que tratar a diario, pero que le reventaban soberanamente.

El maestro de capilla y los músicos, el señor tesorero municipal, el maestro de escuela y algunos otros vecinos caracterizados del lugar, entre los cuales figuraba el tuerto, el sacristán de la Iglesia, que si faltaba para tocar a misa o al rosario, tratándose de un almuerzo de las condiciones de éste, donde podía ~~tratar~~ lo que quisiese sin despertar recelos ni envidias, no había que pensar ni en sueños en que brillara por su ausencia, así estuviese sentenciado a la dieta más rigurosa.

tragar

Pronto el ruido de las cucharas se dejó oír por toda la mesa, y cada comensal se propuso a trasladar, en el menor tiempo posible, la mayor cantidad de sopa de *mondongo*, del plato al estómago.

El almuerzo iba animándose debido a la facundia del Padre Martín, que hablaba hasta por los codos, y había vaciado ya dos veces el contenido de su vaso, un tinto no despreciable, que le había puesto buenos colores en la cara y en el estómago un admirable apetito.

El Padre Félix no estaba menos animado, y en cuanto a gastrónomo, no se quedaba atrás; vaciaba vaso tras vaso: «el agua era magnífica

para bañarse y otros menesteres, pero para beber? // Que beban agua los tontos», ~~exclamaba con nuestro genial poeta Pío Viquez~~. En cuanto a los otros invitados, al principio habían empezado con algunos remilgos, pero bien pronto hubieron de contagiarse, y ahora embuchaban de lo lindo.

Después de uno de esos silencios que más parecen pequeños respiros que el agotamiento de temas para charlar, el Padre Félix, volviéndose al médico, que tenía un poco cerca, y guiñándole un ojo, con mucha malicia, le preguntó:

—¿No quiere usted, señor doctor, contarnos algo de su última excursión, cuando vino a vacunar estos distritos, con su coleguita de San José, aquel Hipócrates lampiño?

—Nada ocurrió, señor cura, que merezca la pena del relato — contestó el médico, poniéndose encendido y sonriendo forzosamente —, si se exceptúan algunos estudios interesantes que logramos hacer en el ramo de bacteriología, los cuales nos permitieron determinar, con alguna exactitud, las enfermedades peculiares de algunos de estos lugares... Y, pero ya verá usted mejor nuestro informe; me prometo publicarlo con bastante profusión... Es muy completo, no por mis humildes observaciones, sino por la colaboración de mi *ilustre* compañero...

—¿Y no hicieron también trabajos sobre *musicografía*? — volvió a preguntar el Padre Félix,

conteniendo apenas la risa que le retozaba en la boca.

—No comprendo ese término; debe de ser algún neologismo del señor presbítero Martín — contestó el médico, entre serio y risueño.

¿Cuál dice usted, señor doctor? — preguntó el aludido.

—Ese que dijo el Padre Félix.

—Haber, repítalo, estaba hablando con el Padre Juan y no lo oí.

—Dice el Padre Félix, que hay una ciencia... La muslo... qué?

—Eso, eso mismo que ustedes estudiaron en su jira vacunativa por todos estos distritos, y que tanto les debe haber divertido... Caramba, ¡ya lo creo! — exclamó el Padre Félix; y volviéndose a su colega, el Padre Martín, repitió bien claro — la *muslografía*... o... o mejor, la *piernografía*

La hilaridad fue general; sólo el Padre Juan miraba el plato y sonreía dulcemente, con su risa de benevolencia, que en él era como un resplandor.

¿Pero, señores, de qué se trata? — dijo el jefe político, metiendo la pata en el cuento, pues empezaba ya a avergonzarse de que sólo lo vieran comer y sin chistar palabra.

—Se trata de la *piernología*, o de la *muslografía*, ciencia nueva muy del agrado del doctor, y que consiste en vacunar a las muchachas en los muslos.

—Señores — exclamó el médico —, parece que ustedes se escandalizaran de la cosa más natural del mundo, o que estuviésemos en pleno siglo XV, cuando la vivicción de un cadáver se castigaba con la pena de muerte, y sólo se podía estudiar anatomía comparada. Nosotros, los médicos, ejercemos un sacerdocio, y así como ustedes tienen la facultad para escudriñar hasta los últimos rincones del alma, nosotros tenemos idénticas facultades para estudiar el cuerpo, que al fin y al cabo es pura materia. Además, yo sostengo que es ese un lugar de los más a propósito para que el flúido ejerza su benéfica influencia, y eso no lo ignora un buen histólogo: mucha carne, buenos tejidos; mucha sangre, buena absorción; sitio bien cubierto, y la vacuna no corre el peligro de lastimarse, ni de contagiarse con el microbio, que puede llegar ~~allí~~ con la mayor facilidad si la vacuna estuviese situada en un brazo descubierto, pongo por caso.

—Alto allí — exclamó el Padre Martín —. El pudor es el don más precioso en la mujer.

—¡El pudor! — exclamó el médico — ¡Acaso sufre en algo porque un médico ejerza su ministerio con la pulcritud del caso? Además, hay muchos médicos que sólo así vacunan y...

—*Etiamsi omnes, ego non*— exclamó el Padre Martín.

— Y usted no se hace cargo — continuó el

médico, sin parar mientes en el latinajo del padre, que no pudo entender — de que muchas mujeres, con tal de no mostrar cicatrices en el brazo prefieren y aún solicitan ser vacunadas en otras partes?

— Eso es otra cosa; pero hablando en serio, creo que si es cierto que ustedes hicieron eso, había motivos para sospechar que no servían con pulcritud los intereses de su ministerio, sino que obraban por malignidad.

El médico hizo un mohín de fastidio, y se rio de buena gana con los demás.

Efectivamente, recordaba bien cuánto le había divertido su jira científica, vacunando, con toda la seriedad del caso, a las sencillas campesinas, en los muslos. Pero el médico, que así como todo mortal, era un tanto rencoroso, pronto buscó el desquite, y en la primera oportunidad preguntó al Padre Félix:

— Y, cómo está su niña?; me han dicho que muy hermosa.

— Pues está muy bien — contestó el Padre Félix, con la mayor naturalidad del mundo —. Es muy sana y robusta . . . La vida del campo le sienta muy bien.

El Padre Juan miró a su colega compasivamente, y deseando no parecer disgustado por la picante conversación que había oído en parte, porque procuró disimular su disgusto hablando con el maestro de capilla, exclamó:

/u

10
19

— La salud es el mayor bien de que podemos disfrutar. ¡Cuánto le debemos al Señor por tanta misericordia!

— Y sus otros hijos? — volvió a preguntar el médico al Padre Félix — ¿son tan sanos y se conservan tan bien como Eulalia?

— Sí, bastante bien... Son todos muy sanos.

El médico notó, con alguna sorpresa, que el padre Félix no tomaba a mal sus preguntas, sino que hablaba de *sus hijos* como cualquier seglar, y entonces le enderezó, así un poco bajo, muy confidencialmente, una frase que juzgó de efecto:

— No sé por qué me hace gracia encontrar en una sola personalidad dos paternidades, así como en usted... Padre de almas y padre de cuerpos.

El Padre Félix sonrió benignamente, y, encojiéndose de hombros, respondió:

— ¡Qué quiere usted!

— *Spiritus promptus est, caro infirma* — exclamó el Padre Martín, que había oído las frases del médico y la contestación de su colega. Son palabras del Evangelio.

El Padre Juan inició una conversación que logró hacer casi general, y el almuerzo terminó en paz y concordia.

Un rato después el maestro de escuela, libre pensador rematado, iba del brazo del médico, todavía excitado por las libaciones del almuerzo.

Este educador era un hombre estudioso, inteligente. Leía mucho y digería bien sus lecturas. Soportaba aquella vida pobre y llena de estrecheces con filosofía estoica, y no aspiraba a otra cosa que a enseñar a sus discípulos las doctrinas que él creía más altas y nobles.

El médico le conocía bastante y cultivaba sus relaciones con verdadero gusto, pues era admirador ferviente de aquel cerebro tan ampliamente cultivado, y no perdía ocasión de hacer patente la injusticia que con el maestro se cometía, manteniéndolo relegado al olvido en aquella pobre villa, cuando podía dar lustre al magisterio en puestos de más viso y mejor remunerados. Poseía un gran carácter y excelente corazón.

—Sí — decía al médico — crea usted que por consideraciones al Padre Juan, a quien venero como a un santo por su vida ejemplarísima, no dije allí en la mesa lo que me venía a la boca. ¡Cómo me revientan esos hipócritas, verdaderos sepulcros blanqueados, que dijo Jesús! ¡Cuán pocos imitadores tiene el Padre Juan! Es lo que siempre he dicho, los peores enemigos de la iglesia católica son sus propios ministros. ¡Pues no ha visto usted aquel señor sacerdote, que ha procreado su familia con una barragana en la propia casa cural, a vista y paciencia de sus feligreses?

y Ellos, que descargan los rayos de su cólera divina contra el vicio y la concupiscencia!

/i / Ah! Infelices, que no pudiendo abolir el corazón, se ven obligados a llevar una vida de engaños y de hipocresías. . . / Por qué no se casan como los ministros de otras religiones, y forman su hogar y procrean una familia honradamente, ante la sociedad en que viven? Pues qué, ¿no vale la pena que la dulce, la consoladora doctrina del crucificado sea depurada, para que brille con luz celestial, de tanto crimen, de tanto escándalo con que sus propios ministros la desacrediten y falsean a diario? Mas no, no se casan, como lo quiere el propio San Pablo, porque así, en vez de una esposa honrada, tienen muchas mujeres. . . ~~Siempre los mismos, soberbios, codiciosos, satíricos!~~
/I
/i

/C El médico reía ante la exaltación de su amigo y le dejaba decir, guardando silencio.